

# Los poderes de la lectura por placer

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA  
Coordinadora



**LB1050**  
**P63**

Los poderes de la lectura por placer / Coordinadora Elsa M. Ramírez Leyva.- México : UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2022.

xvii, 232 p. - (Lectura: pasado, presente y futuro)  
ISBN: 978-607-30-7002-7

1. Lectura. 2. Promoción de la lectura. 3. Lectores. 4. Conducta lectora. I. Ramírez Leyva, Elsa M., 1949-, coordinadora. II. ser.

Diseño de cubierta: Mario Ocampo Chávez

Primera edición: 17 de noviembre 2022

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL

AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas  
y de la Información

Circuito Interior s/n, Torre II de Humanidades,  
pisos 11, 12 y 13, Ciudad Universitaria, C. P.  
04510, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-7002-7

Esta edición y sus características son propiedad  
de la Universidad Nacional Autónoma de México.  
Prohibida la reproducción total o parcial por  
cualquier medio sin la autorización escrita del  
titular de los derechos patrimoniales.

Publicación dictaminada

Impreso y hecho en México

## Contenido

PRESENTACIÓN .....	xi
Elsa M. Ramírez Leyva	

### LA PRODUCCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER

EL APRENDIZAJE DE LOS PLACERES .....	3
Jorge Larrosa Bondía	
PLACER Y CONOCIMIENTO: DOS POTENCIAS DE LA LECTURA .....	13
Juan Domingo Argüelles	
LEER POR PLACER, UN BRINCO A LAS EMOCIONES Y LA IMAGINACIÓN .....	25
Aline de la Macorra	
BENEFICIOS DE LA LECTURA EN VOZ ALTA DURANTE LA PRIMERA INFANCIA .....	37
Evelio Cabrejo Parra	
BIBLIOTERAPIA: LA LECTURA COMO FUENTE DE PLACER Y DE BIENESTAR .....	49
Julio Alonso Arévalo	

### LOS EFECTOS DE LA LECTURA POR PLACER

HERÁCLITO CONTRA DEMÓCRITO: LA LECTURA COMO IMAGEN DEL MUNDO EN EL BARROCO .....	63
Agustín Vivas Moreno	
LA VIDA COMO LIBRO, EL RESTO ES SILENCIO .....	81
Camilo Ayala Ochoa	

ESPEJO DE LECTURA, LECTORES <i>PRÍNCEPS</i> Y PLACERES DIVERTIDOS: <i>EL LIBRO SALVAJE</i> DE JUAN VILLORO .....	93
Daniel de Lira Luna	

CONTRIBUCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER  
A LA FORMACIÓN ACADÉMICA

DEL PLACER DE LEER COMO PROPÓSITO FORMATIVO .....	111
A. Olivia Jarvio Fernández	

DELEITAR APROVECHANDO. AMOR, PASIÓN, PLACER Y TRASCENDENCIA EN LA LECTURA DE TEXTOS CIENTÍFICOS .....	123
José López Yepes	

EL PLACER DE LA LECTURA EN EL MEDIO DIGITAL: APROPIACIÓN, INTEROPERABILIDAD Y DESCUBRIMIENTO .....	139
José Antonio Cordon García	
María Muñoz Rico	

EL PLACER DE LA LECTURA REESCRITO EN EL PLACER DEL HABITAR LA ARQUITECTURA: DEL LENGUAJE VERBAL ESCRITO AL LENGUAJE NO VERBAL HABITADO (Y VICEVERSA) .....	155
María Elena Hernández Álvarez	

LA LECTURA POR PLACER EN EL CAMPO  
BIBLIOTECARIO

EL CLAROSCURO DE LA LECTURA POR PLACER .....	173
Héctor Guillermo Alfaro López	

LA LECTURA POR PLACER EN LA BIBLIOTECA: ENTRE DETERMINACIONES Y POTENCIACIONES .....	189
Didier Álvarez Zapata	

PASIÓN POR LA LECTURA EN LA PREPARATORIA DEL TECNOLÓGICO DE CUERNAVACA: EXPERIENCIAS DE LECTURA PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO DESDE LA BIBLIOTECA Y LA ACADEMIA .....	201
Ofelia Antuña Rivera	
LA LECTURA POR PLACER FORMA LECTORES: UN PODER EN RIESGO Y NUEVOS DESAFÍOS PARA LA BIBLIOTECA .....	215
Elsa M. Ramírez Leyva	

## La vida como libro, el resto es silencio

CAMILO AYALA OCHOA

*Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, UNAM*

**E**n esta madrugada, entre las sombras de mi gabinete, miro los libreros desbordados de volúmenes, algunos de ellos centenarios, puestos en rimero, componiendo en los estantes dobles líneas o engastados en todo intersticio. Los libros compiten con papeles y revistas que he atesorado con un propósito que ya no alcanzo a recordar. Hay por ahí pantoneras, tipómetros, atriles, lupas, cuentahílos, marcapáginas, libretas, cuadernillos y plumas. Son aparejos ya forzosos en la lectura y escritura. Por ahí está una caja arrinconada con pinzas, antenellas, bruñidores, troqueles, cepillos, espátulas, chiflas, plegaderas, rejones, borneadores, punzones, agujas, tijeras y cúteres. ¿Por qué acumular tantos textos que no alcanzaremos a leer, tantos recortes de periódicos y tantas plumas cuya tinta no agotaremos? Hay lecturas que consideramos interrumpidas y en el fondo sabemos que no continuarán. Lo mismo pasa con las encuadernaciones que pensamos restaurar y van quedando para holganzas inalcanzables. Soy cada vez más consciente de que la vida es una biblioteca que vamos formando y reorganizando.

La humanidad ha llegado a desarrollar una compleja cultura escrita, tanto que los profesionales del libro requieren de complejas

competencias y múltiples instrumentos. Esos profesionales del libro son una mezcla de oficios muy acotados. El árbol tiene una gran fronda. Hay autores, coautores, colaboradores de editoriales o revistas, dictaminadores, árbitros, miembros de comités editoriales, consejeros editoriales, consultores de edición, directores de revista, directores científicos, directores de colección, asesores didácticos, asesores iconográficos, redactores, adaptadores, compiladores, coordinadores, antologadores, selectores, ilustradores, ilustradores científicos, dibujantes, elaboradores de partituras musicales, editores en jefe, directores editoriales, editores de mesa, coeditores, capturistas, traductores, revisores de traducción, calígrafos, fotógrafos, investigadores, ayudantes de investigación, corroboradores de citas, investigadores iconográficos, indiceros, presentadores, prologuistas, anotadores, agentes literarios, gestores de sociedad colectiva, rastreadores, correctores de estilo, lectores beta, coordinadores editoriales, asistentes de edición, diseñadores gráficos, directores de arte, tipógrafos, diseñadores de edición, maquetistas, confeccionadores, diseñadores de cubiertas, abogados de propiedad intelectual, archivistas, gestores de derechos, formadores-diagramadores, armadores, maquetadores, calculistas, fotocomponedores, correctores de galeras, correctores de pruebas, correctores técnicos, atendedores, papeleros, almacenistas, agentes de producción, impresores, estampadores, supervisores de producción, operarios de pre prensa, ajustadores, correctores de color, laboratoristas fotográficos, retocadores, compaginadores, cajistas, linotipistas, litógrafos, fotograbadores, negativos, grabadores de planchas, prensistas, serigrafistas, alzadores, compaginadores, plegadores, encuadernadores-empastadores, guillotineros, pegadores, encartonadores, suajadores, grabadores de encuadernación, elaboradores de guardas moiré, embuchadores, empaquetadores, desarrolladores, programadores, curadores de contenidos, gerentes de contenidos, maquetadores de libros electrónicos, editores de audiolibros, productores, grabadores, distribuidores, ferieros, representantes comerciales, bibliotecarios, bibliotecarios en jefe, bibliotecarios especializados, catalogadores, clasificadores, bibliógrafos, bibliólogos, auxiliares

de biblioteca, publicistas, mediadores de lectura, narradores orales, representantes de editoriales, vendedores, compradores de librerías, cajeros, almacenistas, libreros anticuarios, libreros, *bouquinistes*, auxiliares de librería, transportistas, agentes aduanales, contadores, administradores, cobradores, consignatarios, comisionistas, empacadores, promotores, periodistas, comunicadores, críticos literarios, mercadólogos, reseñistas, recensionadores, presentadores, blogueros, *booktubers*, *bookstagramers*, *Community Managers*, *influencers*, productores de contenido, programadores de ferias, etcétera.

Los profesionales del libro encuentran en la cultura editorial su razón de ser. Las publicaciones son su alimento ya sea porque les proporcionan sustento, o bien brindan sustancia a su existencia. Conozco muchos casos de quienes están presos en un oficio que no les complace y hacen todo con desgana y negligencia. Los profesionales del libro, los que gustamos hasta de situaciones atosigantes, somos libros y somos el trayecto para hacer esos libros, somos incluso los proyectos inconclusos, somos lecturas y olvidos. Ya lo decía Fernando del Paso, que “uno escribe novelas cuando camina, cuando lee, cuando sueña” (Sánchez Bardón y Goñi 1978, 48-49). Podemos parafrasear al autor de *Palinuro de México* y expresar que uno edita cuando escribe, cuando lee, cuando sueña; es decir, cuando vive.

Todo en el mundo del libro es un devenir. Las imprentas, editoriales, librerías y bibliotecas, como la vida, aparecen y se van. También se van los libros que leemos, guardamos y heredamos. Quienes trabajan en el medio editorial buscan trascender más allá de la vida, manejan propuestas. Lo hace el escritor al imaginar que sus obras serán leídas por desconocidos, así como quienes no han nacido; lo hace el editor al entregar libros a públicos inciertos; lo hace el librero al propagar lecturas. El papel se oxida en los estantes, los textos envejecen en los dispositivos digitales, las letras se vuelven resonancias. Hay un juego de esperanzas de que los textos, hipertextos y cibertextos encuentren lectores.

La vida es una biblioteca que vamos formando y reorganizando. Sin embargo, he visto bibliotecas enteras ser mal vendidas por hijos de grandes lectores. Los libreros de viejo las adquieren por unas



cuantas monedas; a veces al precio de lo que vale un solo título. La venta de colecciones moldeadas en 30, 40 o 50 años es una claudicación que afortunadamente no ven sus dueños. Y de repente uno compra en librerías de viejo, de segunda mano, de usado, de paso o de oportunidad algún ejemplar con una entrañable dedicatoria en la página de cortesía, una firma en la portada, comentarios en los márgenes o simples subrayados. A veces uno encuentra tripas, es decir objetos que marcaron una página: separadores, notas, postales, fotografías, cintas, flores, en fin. Alguien pasó por esos folios. Las huellas de vida en esos libros nos recuerdan que la vida es lo que hacemos y es recuerdo; es como un libro que se escribe y se interpreta o va leyendo para después reinterpretarlo y releerlo.

El gran libro de la naturaleza, del que hablaban los antiguos, tiene su correspondencia en el libro de la vida, y también en su habitáculo. Los edificios públicos, como las iglesias y catedrales, han sido pensados como libros que se abren y dan la bienvenida. Para llegar al presbiterio, están la nave y el sotacoro, y antes el atrio. Es decir que existe una preparación capitular, un recorrido. Quizá por eso tenemos en el libro elementos propios de la arquitectura: portada, portadilla, frontis, frontispicio, pórtico, friso, columnas y cornisa. También hablamos de maquetas. “La palabra es el lugar que todos habitamos (2008, 11)”, como dice Hernán Lara Zavala en su extraordinaria novela *Península, Península*. Nuestros aposentos son los libros.

Vivimos en los libros. Walter Benjamin, el filósofo y ensayista que en su nota suicida de septiembre de 1940 asentó que no tenía tiempo suficiente de escribir todas las cartas que habría deseado, nos dejó pasajes autobiográficos en *Crónicas de Berlín*. Benjamin comparte, como reflexión, una como introducción al mundo lector:

El mundo abierto en el libro y el libro mismo no podían separarse bajo ningún concepto: formaban un todo perfecto. De esta forma, junto con el libro, también podían cogerse con la mano su contenido, su mundo, como si tuvieran asas. Y este mundo, el contenido, glorificaba a su vez al libro en todas sus partes: palpitando en él, iluminando desde él. Y no sólo anidaban en la portada o en los

grabados. Su casa estaba también en los títulos de los capítulos, en las letras especiales con que empezaban, en los puntos y aparte, en las columnas, etc. Los libros no se leían sin más, no; se vivían, se moraba entre sus líneas [...] (Benjamin 2003, 13).

Cuando Irene Vallejo, la autora de *El infinito en un junco*, recibió el premio Aragón 2021, en el discurso incluyó: “En los libros, donde vive y sueña nuestra familia de papel, nos aguardan las ideas y las palabras que tejerán el relato que seremos. Contra cierzos y marea. Con cuidados, con consensos, con carpazos, con cuentos”. Escuchamos aquí la vida como libro.

¿Pero, podemos imaginar que la historia es un gran libro colectivo? En “La flor de Coleridge”, ensayo que su autor, Jorge Luis Borges, incluyó en *Otras inquisiciones*, se lee: “La historia de la literatura no debería ser la historia de los autores y de los accidentes de su carrera o de la carrera de sus obras sino la historia del espíritu como productor o consumidor de literatura. Esa historia podría llevarse a término sin mencionar un solo escritor” (Borges 1984, 639).

Italo Calvino va más allá, en el artículo “Para seguir leyendo” que fue publicado en el número 49 de la revista española *Quimera*, de 1985, también apreciaba una continuidad: “El libro, los libros. Pensar que los libros se hayan generado a partir de libros como una fuerza biológica propia del papel escrito puede provocar angustia: si es el discurso escrito el que pasa a través de la mano que escribe, si el autor no es más que un instrumento de algo que se escribe independientemente de él, quizás no somos nosotros los que escribimos los libros, sino los libros los que nos escriben a nosotros” (Calvino 1987, 18).

Borges y Calvino hablan desde el plano del autor, pero es posible también considerar que los lectores leen un libro o, más allá de eso, que son libros. En el discurso inaugural de la 32ª. Feria Internacional del Libro de Argentina, en 2006, el escritor Tomás Eloy Martínez dijo: “Somos, así, los libros que hemos leído. O somos, de lo contrario, el vacío que la ausencia de libros ha abierto en nuestras vidas”. La apreciación de la vida como libro la encontramos también en José Ortega y Gasset en “La misión del bibliotecario”,

discurso inaugural del Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía, pronunciado en Madrid el 20 de mayo de 1935. El discurso está en *El libro de las misiones* y nos dice: “He aquí uno de los fundamentos más robustos para la autoridad de los ancianos: eran los que sabían más porque tenían más larga memoria, eran más ‘libros vivientes’ que los jóvenes, libros, por decirlo así, con más páginas” (Ortega y Gasset 1940, 55).

Observamos la vida como un libro de páginas blancas que se va escribiendo, a veces sin nuestra intervención. Tenemos en la mente como capítulos de infancia, adolescencia, adultez y senectud o, si lo vemos de otro modo, de estancia en la casa familiar, matrimonio, maternidad o paternidad, senectud y retiro. Esa misma gradualidad nos la da la vida escolar y pasamos los capítulos del jardín de niños, la primaria, la secundaria, el bachillerato y la universidad. También, a la manera de lo escrito por Shakespeare en *La tormenta*, creemos que el pasado es prólogo.

¡Qué hermosa consideración la del pasado como prólogo! Sin embargo, podemos advertir el otro extremo de nuestro libro mental y pensar que hay un epílogo. La muerte o, mejor dicho, lo que hay después de la muerte, ya no sería parte de nuestro libro, pero también tratamos de ordenarlo con legados y testamentos; y hay quien se atreve a dictar su epitafio. Considero los cementerios como un casillero de ataúdes, como un enorme librero, con libros que pueden todavía leer algunos deudos entre la inmensa mayoría de contenidos abandonados. Algunos querrán encontrar sentido en existencias que ya transitaron. Quizá también, recordando una frase de *El espejo de la muerte* de Miguel de Unamuno, podemos decir que “Una buena novela no debe tener desenlace, como no lo tiene, de ordinario, la vida”.

Muchos panteones tienen ángeles lectores. Algunos claramente portan libros de oraciones, pero otros llevan volúmenes sin título ni texto. El libro a medio leer, aquel que ha perdido su dueño o lector, ha sido una metáfora de la muerte. Son un *memento mori*, un tremendo golpe en la memoria por el que caemos en cuenta de la fugacidad de la vida. Lo vemos en las pinturas vanitas tan del Barroco; llamadas así por el pasaje del Eclesiastés: *Vanitas vanitatum*

*et omnia vanitas*. El libro queda enmarcando el postrero párrafo de la última página.

Un libro nos recuerda que moriremos porque es tiempo. Podemos incluso medir el paso de las horas como paso de las páginas; y si consideramos la vida como libro, veremos que cada año nos acercamos al final. Los ancianos pueden intuir el número de palabras que les quedan y la muerte de los jóvenes nos llena de horror porque escapa al sentido de la secuencia. Nos atrevemos entonces a recordar un fragmento del poema de Borges “Son los ríos”: “Somos el tiempo. Somos la famosa / parábola de Heráclito el Oscuro. / Somos el agua, no el diamante duro, / la que se pierde, no la que reposa. / Somos el río y somos aquel griego / que se mira en el río. Su reflejo” (Borges 1994, 463).

Para el filósofo José Ortega y Gasset “somos proyecto y proyectil, saetas de tiempo buscando el mejor blanco”. Por eso una de las colecciones sobre su obra, en la editorial Revista de Occidente, fue llamada El Arquero. Hay una suma de aciertos y yerros en esta vida, pero los intentos cuentan igual. Somos no lo que deviene del ser, sino el resultado de lo que queremos ser. Somos obra y omisión, pero entre eso existe también algo. Es inmensamente mayor el saldo de flechas que dejamos en el camino. Son propuestas que por desidia o falta de recursos se quedan en conato, tentativas que no pudieron concretarse, sueños irrealizados.

*El sendero de los nidos de araña*, la primera novela de Italo Calvino, contiene una frase que da idea de todo lo que se deja en el camino de la creación. La suma de todos los intentos es definitivamente más considerable que el resultado: “Un libro escrito no me consolará nunca de lo que he destruido al escribirlo: esa experiencia que, custodiada durante todos los años de mi vida, tal vez me hubiera servido para escribir el último libro [...]” (Calvino 1956, 8). Uno escribe novelas cuando camina, cuando lee, cuando sueña, nos dice Fernando del Paso. Uno escribe novelas cuando no escribe.

Sí, comprendemos la vida como libro. Soy una biblioteca empolvada construida con herencia, suerte, regalos, préstamos y varios libros comprados. Soy horas de lectura robadas a la noche y al descanso. Soy más olvidos que certezas. Soy la suma de lo que

al leer no he olvidado. Soy la búsqueda modesta y quizá distraída de nuevos significados, el rumiar de otros sentidos. A veces quisiera volver a ordenarme, tener recursos para viajar y adquirir más libros, tener tiempo.

Sergio Pitól escribió en *El arte de la fuga* que “uno es los libros que ha leído, la pintura que ha visto, la música escuchada y olvidada, las calles recorridas”. Durante 2010, Pitól presentó *Una autobiografía soterrada* que anunció sería su último libro. Él luchaba contra una afasia progresiva que lo hizo perder el lenguaje y tenían que leerle. Nos cuenta que fue criado por su abuela en una casa atiborrada de libros. Sucesivamente se le habían muerto el padre, la madre y la hermana; y de los cinco a los 12 años no pudo salir a la calle por las secuelas en su salud que le había dejado la malaria. Pasó esos años leyendo y siguió su vida satisfaciendo esa inagotable hambre de lectura. En varias ocasiones declaró que la literatura le salvó la vida, como podía salvar a México. Ese fue el mensaje de Sergio Pitól ante la muerte, la lectura y la escritura.

En efecto, la historia del libro es una historia del miedo a la muerte. Los escritores, impresores, editores, libreros y bibliotecarios, lo repetimos, han buscado trascender, dejar una huella en la vida de otros. Los libros son legados y lo han sido desde que tenían como soporte a las piedras. Más allá de eso, son una alternativa a la muerte, un trayecto de búsqueda de sentido, una razón de vida.

Al difícil ambiente de enfermedad, dolor y muerte que es la pandemia por COVID-19, se sumaron el distanciamiento y la reclusión. Cerraron escuelas, restaurantes, jardines, paseos, cines, teatros, museos, galerías, librerías, entre otros sitios en los que se consumía cultura. Muchos vieron en los libros, sobre todo de las bibliotecas personales, la solución para pasar el tiempo. Nada más alejado de la realidad lectora.

Los libros no son parte del botiquín de primeros auxilios o una puerta de escape. No son una segunda opción de recreación, y por eso roza la comicidad el planteamiento de qué libro nos llevaríamos a una isla desierta. La lectura es más que un acompañamiento para días felices o días tristes. Gustavo de Elorza definía la educación como la capacidad de crear futuro en las personas y

eso es también la lectura, es concebir futuro. Podemos leer libros y olvidarlos, ¡claro que sí!, pero el conjunto de nuestras lecturas nos va reinventando.

Los malos tiempos, como las enfermedades, no son malos totalmente y han significado renovación y mejoramiento. Por ejemplo, el desarrollo biomédico de los últimos años ha sido espectacular. También las poblaciones lectoras, quienes tenemos el arrobo de los libros, hemos comprado en línea, experimentado lecturas en pantalla y leído más. La ciberedición, los catálogos en línea y los epitextos públicos virtuales se han ido perfeccionando.

La lectura, como a Sergio Pitol, nos ha salvado la vida, incluso en estos tiempos epidémicos, y lo seguirá haciendo. Somos bibliocentristas y todo lo concebimos con relación con los libros. Es posible que la vida sea como un libro, el resto es silencio. El marco del discurso, del libro, es el silencio. Paul Auster, el autor de la exitosa Trilogía de Nueva York, nos comenta: “La literatura es esencialmente soledad. Se escribe en soledad, se lee en soledad y, a pesar de todo, el acto de leer permite una comunicación entre dos seres humanos” (Paz y Miño 2018, 137). Respiramos libros para evitar languidecer.

En esta madrugada hibernal, entre las sombras miro los libreros sujetando demasías. Los libreros son estuches de lecturas próximas y pasadas, muebles que reflejan cultura o instrucción. Poco a poco se van dejando de adquirir. De hecho, las nuevas viviendas no tienen espacio para familias de más de un hijo ni lo tienen para libreros; no están diseñados para lectores. Para los llamados desarrolladores, la lectura es un problema intrascendente y extraño. Los libros no son considerados.

En esta situación pienso en un escrito de Juan Luis Nutte. En el relato “Un oficio” de Nutte, que forma parte de su libro *Anécdotas sedientas*, publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana. El protagonista, de nombre Juan, es conminado a hacer algo de provecho, a dejar de perder el tiempo leyendo y escribiendo, a buscar un trabajo. La madre de Juan lo amenaza con que su padre le quemará “los chingados libros”. El muchacho acude al carpintero del mercado y su madre le pregunta: “Qué diferencia, hasta vas a agarrar color... y qué ¿si quieres aprender o nada más te harás

güey?”. Él contesta que quiere hacer muebles para hacer un librero y un escritorio y “escribir como Dios manda”.

Para seguir leyendo como Dios manda, tengo que hacerme de espacio y libreros. Nuestros abuelos novohispanos usaban cofres para guardar sus libros, cofres como los que en los cuentos de piratas contenían tesoros. Los libreros se me presentan como cofres sin tapa, colocados de manera vertical, que van acumulando la fortuna de una persona, y esa fortuna no debe ocultarse, tiene que estar a disposición, como la vida.

Es posible tener libros en guacales de madera o cajas de cartón, pero en mi humilde opinión, considero que su lugar más digno es un librero. Se pueden tener libros en el suelo, hacinados en las repisas, apilados en los sillones o bajo la cama, porque son piezas vivas, son cosas familiares; pero no deben guardarse en otro lugar que aquel que reclama su naturaleza. Ver un librero lleno de lecturas y relecturas efectuadas hace que el espíritu se sienta honrado, de algún modo participe del lustre que significa su posesión y tenga esperanza sobre el futuro y el futuro de las siguientes generaciones. Los libros son la herencia más valiosa que dejo a mis hijos, la que no se puede sustituir ni siquiera con los estudios profesionales.

Hay libreros de líneas elegantes y costosas maderas olorosas, algunos incluso con vitrinas, herrería y puertas corredizas. Existen otros libreros toscos y pesados o de material aglomerado. En la casa somos austeros. Los libreros no son suntuosos, aunque son de una muy decorosa madera roja. Los libros, nuestros libros, se van volviendo de culto en una sociedad iletrada, virtualizada y en un mundo donde no importa el acopio de objetos sino el acceso a los contenidos, un mundo en el que ya no existen mercados sino redes comerciales. Ya decía George Steiner en *El silencio de los libros*, que la práctica de la lectura está amenazada. En unas décadas, tener libros será impensable; pero en esta noche –en la que confieso estar anclado en el pasado– pienso en comprar más libros. No concibo la vida más que como libro, el resto es silencio.

REFERENCIAS

- Benjamin, Walter. 2003. *Crónicas de Berlín, cit. pos.* Salvador Albiñana *et al.* (coord.), *La vida secreta de los libros. Media Vaca: 1998-2003.* Valencia: Universitat de València.
- Borges, Jorge Luis. 1984. “La flor de Coleridge” en *Otras inquisiciones*, en *Obras completas 1923-1972.* Buenos Aires: Emecé Editores.
- . 1994. “Son los ríos”, en *Los conjurados, Obras Completas*, vol. 3. Buenos Aires: Emecé Editores, Buenos Aires.
- Calvino, Ítalo. 1956. *El sendero de los nidos de araña.* Buenos Aires: Editorial Futuro.
- Lara Zavala, Hernán. 2008. *Península, Península.* México: Alfaguara, 2008.
- Ortega y Gasset, José. 1940. *El libro de las misiones.* Buenos Aires: Espasa-Cape Argentina.
- Paz, Oswaldo y Miño, J. 2018. “Paul Auster, desde su propia voz”, *La hora. Lo que necesita saber*, Tunguragua.
- Sánchez Bardón, Luis y Javier Goñi. 1978. “Fernando del Paso: ‘Uno escribe novela cuando camina, cuando lee, cuando sueña’”, *Triunfo*, año XXXII.



***Los poderes de la lectura por placer.*** Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información/UNAM. La edición consta de 100 ejemplares. Coordinación editorial, Anabel Olivares Chávez, revisión especializada: Valeria Guzmán González; corrección de pruebas: Valeria Guzmán González y Carlos Ceballos Sosa; formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Fue impreso en papel cultural de 90 g en los talleres de Migal Impresiones Digitales, 3er Anillo de Circunvalación no. 73, Col. Barrio Santa Bárbara, Alcaldía Iztapalapa, CDMX, C. P. 09000. Se terminó de imprimir en diciembre 2022.